

CARLOS SEPULVEDA LEYTON, humano, demasiado humano

“HAN COMPARADO a Carlos Sepúlveda Leyton con Máximo Gorki o con Panait Istrati. Pese a sus dominio en el relato, pienso que no se parece a ninguno de ellos. Sepúlveda Leyton se parece a sí mismo”.

Las circunstancias en que fueron pronunciadas estas palabras, resulta difícil olvidarlas y merecen ser actualizadas.

Hacia poco que el corazón del maestro y escritor había dejado de latir, cuando la Alianza de Intelectuales y otros organismos, en noviembre de 1941, prepararon en homenaje suyo una velada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, en la cual se nos invitó a participar.

Días antes nos correspondió hacer una jira política por el norte. De regreso, quedamos prácticamente bloqueados en La Serena. No había manera ni medio alguno para avanzar sobre la capital: los peregrinos que venían al Congreso Eucarístico tenían copados todos los medios de transporte.

El acto en homenaje al autor de “Hijuna” coincidía, precisamente, con el día y hora en que se inauguraba, en medio de gran solemnidad, aquella ceremonia religiosa a la cual el gobierno de Aguirre Cerda le diera tantas facilidades, cediéndole, incluso, la Plaza Bulnes, donde se levantó un estrado monumental, para que alcanzara mayor lucimiento.

Todas las gestiones hechas en La Serena para seguir hacia

(Del diario “El Siglo”,
Santiago de Chile,
6 de enero de 1963).

Santiago fueron infructuosas. Consumido por el cansancio y la ansiedad, caí enfermo en el hotel donde me hospedaba. Viéndome en mal estado de salud, una noche el dueño del hotel dejó en el velador una botella de pisco y un jarro con jugo de limón, recomendándome la mezcla como "santo remedio". Total, me advertía, "si se le pasa la mano, está acostado..."

UNA VELADA RECORDATORIA

Seguí sólo parcialmente sus consejos. Muy de mañana tocaron la puerta y entró el dueño con un telegrama en la mano, diciéndome: —"A lo mejor, aquí viene la fórmula que espera".

Efectivamente, la gerencia de LAN, desde Santiago, comunicaba que un avión procedente del norte dejaría un asiento libre en Ovalle y pedía que me trasladara por tierra a esa ciudad para aprovecharlo. Me levanté como pude y en el puerto de Coquimbo conseguí, por poca plata, que una vieja camioneta me trajera hasta Ovalle. Apenas si contaba con el tiempo justo. Puede decirse que fue una competencia de velocidad entre la camioneta y el pequeño avión Potez de la Línea Aérea. Cuando la máquina descendía, arribábamos al aeródromo. Así logramos llegar a Santiago, en una verdadera carrera contra el tiempo.

La odisea no terminó allí. Mucho costó llegar al centro, desde Los Cerrillos, porque estaban atestadas de gentes casi todas las vías, pero, dando vueltas y haciendo rodeos, el chofer logró arribar conmigo hasta cerca de la Universidad. Podría decir que recién entonces respiré: días enteros sufría ante la perspectiva de no poder acudir al último encuentro y cumplir el compromiso en el acto de recordación. Bajo la acción del "remedio" administrado en La Serena, me parecía que Carlos me llamaba desde otro plano y me recordaba que debía estar presente, ya que, por falta de aviso, no estuve en sus funerales.

No puedo olvidar que en el acto intervine en un estado profundamente emocional. Parte por mi salud, parte, por mi

temperamento, pero, sobre todo, por el hondo cariño, mezclado de admiración, y la vieja amistad que me ligaba al homenajeado. Recuerdo que el escritor criollista Luis Durand, que habló en esa misma ocasión, al final del acto me dijo algunas palabras, que me las callo. Nunca antes había estado cerca suyo. Su juicio generoso, aquí donde se escatiman tanto los estímulos, no dejó de impresionarme y me lo guardé, muy adentro. Es la primera vez que lo hago público.

Terminada la velada, que contó con una nutrida asistencia, a pesar de la manifestación religiosa masiva que se desarrollaba a la misma hora al lado afuera de la Casa Central Universitaria, me trasladé a mi casa de la calle Gorbea, donde vivía por aquella época, debiendo echarme inmediatamente a la cama de la cual sólo pude levantarme semanas después. Sepúlveda pudo más que los cuarenta grados de fiebre que me devoraban.

COMPADRE SIMBOLICO

Podría acumular muchos recuerdos sobre la personalidad de Sepúlveda Leyton, del cual fui "compadre simbólico". Cuando vivía proscrito en Buenos Aires, hacia 1929, recibí una larga carta suya proponiéndome ser padrino de otro de los hijos que su paciente y heroica mujer le daba con regularidad cronométrica. De hecho, ya el niño había sido inscrito con mi nombre. ¡Pobre criatura! ¡Cuántas maldiciones gitanas habrá echado contra su padrino, oficio que siempre he rehuido y al que se necesita vocación para acostumbrarse a desempeñarlo, de acuerdo a todas sus reglas, tradiciones y obligaciones!

Juntos vivimos gloriosas etapas de las luchas del magisterio nacional: la pelea por la clasificación legal, después de dictarse, el 26 de agosto de 1920, la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria; todo el proceso de organización, hasta constituirse la inolvidable Asociación General de Profesores de Chile; el movimiento gigantesco nacional de masas por la "reforma educacional"; las históricas convenciones nacionales de esta última, sin que faltáramos a ninguna de ellas: Santiago,

Concepción, Valparaíso, Valdivia, Talca, Chillán. En ésta, después de la caída de Ibáñez, nos bifurcamos, por diferencias de apreciaciones ideológicas, quedándose él con la combativa Federación de Maestros.

Muy de cerca seguimos, también, la vida de un periódico sin el cual no podría reconstruirse la historia de las luchas sociales del magisterio: *Nuevos Rumbos*, que salía cada diez días, sin atraso, en la imprenta del diario "La Nación".

Igualmente, juntos, fuimos expulsados del magisterio el 1º de julio de 1925. El grupo de réprobos lo formaron: Carlos Sepúlveda, profesor, entonces, de una escuela de Quillota; Juan de la Cruz Matus, visitador de escuelas de Quillota; Miguel Ruz, profesor de la escuela 1 de Santiago; Genaro Torres, director de escuela en Valparaíso; Próspero de la Jara, profesor santiaguino desterrado, más tarde a la isla de Pascua; Leoncio Morales, profesor de Valparaíso, hoy enfermo y jubilado, y el autor de estos recuerdos, profesor, a la sazón, de la escuela número 12 de Santiago, en Avenida Matta 850, de la cual fuera alumno, años después, Jacobo Schaulsohn, hasta hace pocos días, presidente de la Cámara de Diputados.

Para defendernos en ese tiempo difícil, constituímos una Agencia de Propaganda Cultural, como oficina distribuidora de libros y revistas, y que llegó a editar algunas obras, tales como "Transformemos la Escuela", del pedagogo suizo Adolfo Ferrière y un Tratado de Psicología del ex visitador Matus. Desde Argentina, se trajeron miles de ejemplares de los libros de José Ingenieros y de la *Revista de Filosofía*, que publicaba en colaboración con Aníbal Ponce; desde Madrid vinieron toneladas de libros educacionales y de la *Revista de Pedagogía*, que editaba Lorenzo Luzuriaga.

UNA GRAN FAMILIA DE MAESTROS

Carlos Sepúlveda fue agente de esta oficina en Linares, adonde se trasladó después de la exoneración y cuya zona no abandonó hasta el resto de sus días, ya que la muerte lo sorprendió como inspector escolar en San Javier. El producto de la venta de libros y revistas le ayudó a mantenerse a flote en

días muy tristes para toda su numerosa prole. Al pie de algunas de las liquidaciones de fin de año, recuerdo que puso una nota con letra clara y firme: "Cerramos el año debiendo tanto y cuanto. Borrón y cuenta nueva. ¿Conforme?". La respuesta no tardó: —"¡Conforme!". ¡Así era entonces la camaradería!

Casi toda su vida transcurrió en pueblos de provincias, Valparaíso, Chillán, Quillota, Rengo, Peumo, Linares, San Javier. En ellos reaccionó siempre con el desplante y la independencia propios de un hijo de la capital. Al revés, en Santiago, se conducía como un provinciano. Cada vez que podía, viajando en tercera clase, llegaba a ver a sus colegas de la capital. Una de las casas que más frecuentó fue la de doña Victoria Muñoz*, reliquia del magisterio nacional, en calle Schlack, de Recoleta. En aquellos tiempos, los maestros constituíamos una gran familia: combatíamos con optimismo idealista por grandes causas, pero nos protegíamos mutuamente las espaldas. Desde el punto de vista económico, éramos más pobres que ahora, pero nunca faltaba en la modesta mesa del domicilio o de la pensión un asiento y un plato puesto para el colega y más que colega, hermano.

Por lo demás, teníamos un hogar social. El de la vieja Asociación estuvo varios años en Rosas 1022, exactamente frente a la pequeña librería de un español, donde pasamos muchas horas revolviendo libros de las antiguas editoriales madrileñas o barcelonesas. ¡Cuántas cosas no sucedieron en la primera casa de la Asociación! Muchos valores pasaron por su tribuna y en los años agitados y extraconstitucionales del 24 y del 25, más de una vez llegaron comisiones de jóvenes militares a cambiar ideas y a conocer nuestros puntos de vista. Más tarde, la Asociación, ya crecida y consolidada, se trasladó al magnífico local que hoy ocupa el Club Deportivo de la Católica, en Avda. B. O'Higgins 357-A, próximo al Santa Lucía. Podría decirse que nunca como entonces pesaron los maestros, colectivamente, en la vida nacional. En la Consti-

* Doña Victoria Muñoz murió en Santiago, a las 78 años, el 25 de septiembre de 1963.

tuyente Chica, del año 25, que se reunió en el Teatro Municipal, por iniciativa de la Federación Obrera (FOCH), trescientos educadores entre 1.500 delegados tomaron parte en sus comisiones y debates. Entre ellos, siempre, con su sencillez y cordialidad, el maestro, periodista y escritor provincial Carlos Sepúlveda Leyton.

Por algo sería que "El Diario Ilustrado", cuando se refería a la Asoc. General de Profesores la llamaba "foco de exotermismo literario y de algarabía comunista". ¿Cuándo no? A falta de otra respuesta, cantábamos, a voz en cuello, el himno oficial de la institución:

*"y clavemos la dura palabra
en la torpe injusticia y el mal".*

LA APARICION DE "HIJUNA"

Como todo buen novelista y escritor, Sepúlveda Leyton hizo sus primeras armas literarias en el periodismo. En las colecciones del diario "La Discusión", de Chillán, se hallan muchas colaboraciones y artículos suyos. El director de ese diario, Alfonso Lagos, que sigue frente a él, fue amigo dilecto de Carlos.

El vocero gremial "Nuevos Rumbos", órgano oficial de la Asociación, contó siempre con la pluma de Sepúlveda. Quienes deseen o necesiten conocer su estilo periodístico, tendrán mucho que espigar en las páginas de ese periódico, exclusivo en su género y casi insuperable por la influencia que llegó a adquirir tanto dentro como fuera de las filas docentes.

Cuando niño, Carlos vivió en las barriadas proletarias del sector sur de Santiago, próximo a las calles bravas del Madero, hacia la Gran Avenida, donde comienza la comuna de San Miguel y en la que dominaba, políticamente, el cura Miguel León Prado.

Justamente, había nacido en Santiago, el 13 de junio de 1895. Sucesos que agitaron a la capital a principios de siglo dejaron honda huella en Sepúlveda. Con el correr del tiempo, fueron tomando forma en apuntes desordenados e inco-

nexos, hasta que al final, se transformaron en los originales de *Hijuna*, escritos a mano por su autor. A varios impresores de Santiago ofreció su edición, pero no encontró respuesta favorable, hasta que decidió imprimir la obra por su cuenta, comprometiéndose a pagarla una vez que saliera a luz y comenzara a venderse. Un heroico impresor de Linares cayó envuelto en la empresa, pero solamente logró componer, a tipo parado, parte del libro; otro terminó la composición tipográfica; un tercero metió en sus prensas las formas, utilizando papel de distinta clase y colorido en la primera, y hasta hace pocas semanas, única edición de la novela, que el mismo autor salía a vender por las escuelas y en las calles.

La aparición del libro constituyó toda una revelación. Es verdad que la crítica no se ocupó mucho de él, pero sirvió para demostrar que surgía un nuevo, apreciable y prometedor valor en las letras nacionales. Veinte años después de la muerte de Sepúlveda como edición póstuma, impresa con el sello de "Austral", acaba de salir al mercado la segunda edición. Puede asegurarse que ahora estamos en condiciones muy superiores que permitirán valorar mejor el contenido y las formas de la novela. Esto mismo ha de influir para que se abra el apetito de los lectores y de las nuevas promociones, a fin de conocer los otros libros del mismo autor entre ellos, *La Fábrica*, que tiene como escenario la Escuela Normal que fundara Sarmiento en 1842, y como protagonistas a profesores y estudiantes, entre éstos, al propio Carlos, porque casi se trata de una obra autobiográfica, donde fueron acumulados los mejores recuerdos de la adolescencia.

Todavía quedan algunos que se encargan de esparcir la especie tendenciosa de que Carlos Sepúlveda fue un bohemio incurable y que esta debilidad malogró en parte su capacidad de creación literaria. ¡Falso! Ni fue lo que se conoce propiamente como un bohemio, e hizo mucho más de lo que puede esperarse de un maestro que no tiene otro capital que su pobreza para entregar su mensaje, consiguiéndolo en gran parte, si bien deben quedar entre sus papeles muchos originales inéditos y sin completarse. Su hijo Carlos, desde Linares, nos hace saber que dejó, inédita, la novela "Una Hora". Aparte

de numerosos hijos, dejó una viuda que cobra una "pensión de gracia", ascendente a 1.600 pesos mensuales (Eº 1,6).

Lo que hay de cierto es que escribía generalmente de noche y que intimaba con una serie de personajes, sobre todo obreros y campesinos, a los que no podía frecuentar en sus casas sino en los cafés o bares donde ellos se reúnen. Amigos que fueron de él y míos, cuentan que cuando venía a Santiago, en las madrugadas solía perdérseles: el novelista andaba haciendo sus observaciones, conociendo el terreno, descubriendo personajes y protagonistas, recogiendo diálogos, dichos populares y expresiones características de nuestro pueblo. Esto no quiere decir que fuera "novelista de los bajos fondos", como se dice despectivamente, sino un autor honrado y realista que sabía que la realidad no puede inventarse: hay que trasladarla objetiva y lealmente, tal como ella es, sin muchos afeites, a las páginas de las novelas. Otra cosa puede ser el argumento, donde se combina la verdad con la ficción literaria. Y otra cosa es el estilo, que según se sabe, se parece a las uñas: es más fácil tenerlo brillante, que limpio.

ESCRITOR REALISTA Y PEDAGOGO

Desde un comienzo, Carlos Sepúlveda quedó incorporado a los escritores que reflejan el drama social de las masas. A partir de Baldomero Lillo, nada de lo que sucede al que trabaja en los socavones de las minas o sobre la superficie, cultivando la tierra bajo los rayos del sol inclemente o sufriendo el frío y la lluvia, le resulta extraño. Al contrario, forma parte inherente y fundamental de sus obras y permite definirlos y ubicarlos.

Sepúlveda Leyton fue pedagogo en la escuela, frente a sus discípulos; lo fue también en sus reacciones sociales, formando parte de una comunidad determinada y de una sociedad en transformación; lo fue por último, como periodista, como intelectual y como escritor. El pueblo, el trabajo, la lucha social, los conflictos de clases, fueron las brújulas de toda su obra literaria. Ha demorado en hacersele justicia, pero se ha cumplido lo que profetizaba Nietzsche: "Ya llegaré, renguean-

do, la hora de la justicia". La posteridad, al exhumar su obra, está reconociendo su valor positivo. Ahora falta, también, que los educadores hagan lo mismo y si no lo realizan a través de sus organizaciones, entonces que se constituya un Comité especial de homenaje a Carlos Sepúlveda. Su obra prestigia al magisterio y a la intelectualidad, en su conjunto. Y su vida sigue siendo un ejemplo para tanto maestro que vegeta sin principios y sin inquietudes de ninguna naturaleza, como una ruedecilla gastada y rutinaria del engranaje educacional y que no responde a otro lubricante que al aceite del burocratismo y de las asambleas radicales. Queda lanzada la idea y esperamos que ella fructifique.